

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapica-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Primera representación de la Sra. Ristori, por D. Francisco Flores Arenas.*—*La Ristori en el teatro moderno, por D. Z. Casaval.*—*En la Catedral de Burgos, por D. Pedro de Prado y Torres.*—*Un paseo á la Montaña del Príncipe Pio, por D. Mariano Ruiz-Lorenzo.*—*Geroglífico.*

PRIMERA REPRESENTACION

DE

LA SEÑORA RISTORI.

MEDEA, tragedia en tres actos.

Por fin han resonado en el teatro Principal de Cádiz los magníficos acentos de la Sra. Ristori.

Esto se deseaba vivamente, y esto habia sido prometido varias veces; pero solo la actual empresa se ha atrevido, fiada en el gusto acendrado y en la alta ilustración del público de este teatro, á arrostrar las inmensas dificultades de semejante proyecto, y á echar sobre sí la gravísima responsabilidad de los resultados; porque ya se comprende que cosas de tal magnitud no se logran sino á costa de grandes dispendios, los cuales el público sufragará ó no, puesto que no hay humano poder que á ello le compela ni hay escritura que á nada lo ligue.

La eminente trágica, celebrada y aplaudida por la Europa entera, llegó á Cádiz en efecto el martes último, y á la inmediata noche se presentó ya en escena en la tragedia de Legouvé titulada *Medea*, la cual ha sido traducida en verso italiano por Montanelli.

La sala estaba mas iluminada que de costumbre. Al menos se veía. La orquesta habia desaparecido: en su lugar se colocaron dos filas de sillas, bien así como otra tal detrás de la última de butacas dando la espalda á los delanteros de las plateas del centro; pero aun con este aumento extraordinario de localidades fué grande el número de personas y de familias que no hallando asientos hubieron de renunciar á ver y á oír en su primera

salida á la que ha tantos dias es objeto casi esclusivo de todas las conversaciones de Cádiz.

Las luces del escenario se habian multiplicado considerablemente, colocándose reverberos en la parte alta cubiertos por las bambalinas; disposición no solo conveniente, sino indispensable, porque el rostro de la artista es uno de sus mas grandes medios de espresion, y á veces él solo suple por lo que puede haber de falta de inteligencia en muchos espectadores respecto á un idioma que no es el del público ante quien se representa.

Este ha tiempo que no está habituado á la tragedia clásica, segun acontece á otros muchos de los de Europa; pero la tragedia clásica tiene su modo especial de ser declamada, tiene su entonación propia, y esto se echó de ver desde la primera escena, la cual, bien así como las siguientes, fueron dichas con grave mesura y con tan marcada acentuación, que era necesario no conocer nada de la bellísima lengua del Tasso y del Ariosto para dejar de comprender, en su mayor parte al menos, la espresion de las escenas y hasta la fuerza de las palabras.

Predispuesto ya favorablemente el público, y aun habiendo premiado con aplausos los esfuerzos de alguno de los actores, vióse aparecer á Medea, que rendida de fatiga, presa de dolor el alma, desciende de un monte conduciendo de la mano al mayor de sus hijos y llevando en sus brazos al otro, á quien cubre con un pliegue de su manto. Aquel es un grán grupo de estudio. Su andar es incierto y vacilante, su faz está lívida; pero su mirar revela la salvage energía de su alma; energía salvage que se comunica á su acento, al eco de su voz; porque conviene saber que la Sra. Ristori sabe dar á aquella voz tales inflexiones, acierta á prestarle tal diversidad de timbres; que no parece ser ella misma en las diversas situaciones de una sola escena.

Desde este momento el público entero quedó pendiente de los labios y del gesto de la artista; desde entonces ya no vió mas que á Medea, y siguiéndola paso á paso en el desarrollo de las pasiones que iba presentando, ya llora con ella al ver aquella desgarradora angustia de una madre que á falta de otro alimento ofrece su propia sangre para aplacar el hambre de sus tiernos hijos, ya participa de su alegría al saber que Jason vive,

ya se estremece al ver su descompuesto semblante cuando sabe que aquel mismo Jason va á ser el esposo de otra muger.

No menos admirable estuvo en el acto segundo cuando en su escena con Jason oye de la boca misma de aquel que debe prestarse por su propio bien, por el bien de sus hijos á romper unos nudos que ya no pueden hacer la dicha de ninguno de los dos. Ella primero con el sarcasmo mas amargo, despues con ese acento que es en sus labios como el rugido de la fiera, le hace ver que aquellos lazos que los han unido y que aun los unen, no son ya los del amor, son los del crimen, y con horribles colores le recuerda uno á uno aquellos mismos crímenes de que él ha sido cómplice, mas aun, de que él ha sido la causa, puesto que á cometerlos le impulsó su pasión desgraciada y por los dioses maldita.

En el tercer acto, donde el autor, despreciando aquel precepto de Horacio: *Nec pueros coram populo Medea trucidet*, no vela sino á medias el horrible espectáculo de una madre que asesina á sus propios hijos, la artista, cuya mision es interpretar al poeta, hace erizar los cabellos. Aquella mujer, con los ojos desencajados de sus órbitas, con la contraccion mas espantosa en todas sus facciones, corre arrastrando á sus hijos para huir; pero por todas las puertas el enfurecido pueblo se precipita y la acosa; refúgiase bajo la estatua de Saturno; todos la rodean, pero es ya tarde; un grito de horror de la multitud nos advierte de que este nuevo y espantoso crimen se ha consumado.

Durante estos instantes supremos los espectadores no respiran siquiera; no pueden hacer sino estremeecerse.

El público, que frecuentemente interrumpió con sus aplausos la representacion, pidió, despues de cada acto que se presentasen los actores en la escena; pero no contento con esto renovó sus bravos y sus palmadas hasta conseguir que la Sra. Ristori se presentase de nuevo y sola á recibir una ovacion que tanto le hacia merecer su relevante mérito. Es, en efecto, lo sublime del arte: no se escedió, antes anduvo certa la fama en lo que de ella por todas partes publica.

No hay actor de algun valor que no tenga ciertos momentos felices; pero esto no constituye la perfeccion del arte. Que la Sra. Ristori esté admirable en la descripcion del leopardo que devora su presa, eso lo esperábamos ya; pero la perfeccion en su último grado está en dar realce á los mas insignificantes pormenores; está, por ejemplo, en aquella casi imperceptible accion del brazo de Medea cuando separa á Orfeo que quiere interponerse entre ella y su rival; está en aquella mano que levanta la cabeza de su hijo para asegurarse de que llora; está en aquella actitud, que en cualquiera otra actriz pareceria ridícula, que toma cuando sentada en las gradas del pedestal de Saturno apoya su cabeza en una de sus manos. Está en fin en cien cosas mas que omitimos. Eso no hay poeta que lo escriba; lo inspira el genio del artista.

En cuanto al carácter, no tenemos que decir que

es el que la historia fabulosa nos ha dejado de *Medea*. Ama á sus hijos al modo que puede amar á los suyos la hiena, y cuando se irrita es tambien semejante al de la hiena el eco de su voz.

Mucho nos promete este principio, y esperamos ocuparnos de las tareas de esta maravillosa artista en proporcion de que nos vayan siendo mas conocidas, puesto que á la fecha en que escribimos solo ha puesto en egecucion la obra de que hemos hecho mérito.

La escena ha estado muy bien dirigida.

La temporada teatral concluye bien. Al cabo durante ella la empresa logró reunir una buena compañía de zarzuela, y la dramática ha llenado muy bien su puesto. Mas recientemente hemos podido oír óperas italianas de que habia hambre. Por último, tenemos á la Sra. Ristori y está todo dicho. Falta saber lo que se nos dará en la temporada próxima; porque ello es que hasta de presente nada hay de seguro y casi nada de probable siquiera.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA RISTORI

EN

EL TEATRO MODERNO.

(Cádiz 25 de Agosto.—1859.)

Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.

Por fin llegó.

El genio de los genios del arte, esa que pregona la fama, la que mas alto calza el coturno trágico, la gran mujer, la eminente *Ristori* llegó.... La visteis todos en la terrible *Medea*, visteis su grandiosa majestad, su rostro señalado por el rayo de la inspiracion: todos los sentimientos han vibrado en vuestra alma heridos por un mismo golpe, los mas grandes y mas pequeños sentimientos; su voz ha sido como voz de tempestad, que sacude violentamente las pasiones y desencadena los vientos: algun rayo de amor en aquel corazon de hija, de madre, de esposa abandonada; algun relámpago, que brilló en los sombríos horizontes de su alma y se hundió en los abismos....

El público, sublime con lo sublime, ha seguido al genio en su portentosa carrera; sobrecogido, reconcentrado en sí, ha callado mudo de espanto: alguna vez se ha hecho traicion y su entusiasmo ha roto el freno; el entusiasmo no se domeña.

—El público.... cambia de aspecto?—¡Quiéralo Dios! Ya la vara de la gran maga ha tocado las fibras delicadas de su alma.

El público de la *Medea* debe ser otro público.

El teatro otro teatro.

¿Por qué?....

I.

Hubo para el teatro una aurora, un sol brillan-

te, un día hermoso de grandes, de esperanzas inmensas: pasó ya.

¡Qué día aquel!

Fué un día inmortal en las páginas de la historia.—Las ciudades se levantan valientes, las flamencas en la Borgoña, las imperiales de Alemania trazando rasgos preciosos de libertad en la *bula de oro*, los comunes de Bretaña recabando sus perdidos derechos de un rey prisionero, la *Jacquerie* en París, en Castilla las *hermandades*:—sonó en pos una hora señalada en el reloj de los tiempos históricos; y los pueblos como en suspenso, depuestas sus armas de muerte, sentados sobre las ruinas de las fortalezas feudales, miraron á los reyes sin odio, casi con amor, tranquilos y gozosos de su obra; y los reyes, amos por fin de tantos vasallos coronados, rivales al parecer felices del coloso de Roma, que entre los ayes de una civilización joven, rica de esperanzas y temores, vacilaba á los golpes formidables del ariete del cisma y del radicalismo herético,—los reyes sonrieron, sin sombra de tiranía, casi con amor, á los pueblos.

¡Hora subime aquella!.. Ni las necesidades desmayan las fuerzas de la sociedad, ni los desórdenes la turban: el trono calla, callan los pueblos; aquel robusto, vigoroso, con todos los bríos de la edad viril; el pueblo, rompiendo los suaves y blancos velos de la infancia, saliendo á la luz rico de ilusiones. El uno posee, el otro espera, todos confían: las aguas, que cubren toda la estension de los reinos de Europa, aparecen tranquilas; solo se oye un ruido vago, confuso, lejano; algo que fermenta en el fondo.

Hay una actividad grande, inmensa; pero sin rumbo conocido, sin medios, sin fin.

Hora sublime aquella para las artes, dice Guizot—genio superficial, que nota el hecho sin marcar su *razon de ser* ni sus gérmenes de *decadencia*—hora sublime aquella, en que la libertad, no conociéndose á sí misma, contenta con lo que posee sin apercibirse de lo que le falta, es poco exigente, susceptible apenas; en que los derechos no son definidos, discutidos los poderes, ni convenidas las restricciones.

Hora sublime aquella para el teatro, decimos nosotros, en que el pueblo, el gran pueblo que rodea el poeta, siente la necesidad de algo desconocido que le sostenga en aquellos momentos de penosa incertidumbre, precursora de luchas; algo, que le comprenda, le adivine, funda en un sentimiento grande, universal, todos los sentimientos de su alma; algo que le aliente en su camino; que, abriéndole el gran libro de sus tradiciones gloriosas, le lance hacia adelante para romper el velo del porvenir.

Hora sublime en que la sociedad llama á gritos al genio; en que las masas se juntan, rodean, oprimen y levantan en alto al númen coronado; en que el teatro es mas que una diversion una necesidad social, casi diríamos que una *institucion*.

En Inglaterra se levanta grande con Shakespeare; en Francia con Corneille y Racine; en España con Calderon.

La base es ancha, sólida; los materiales magníficos; el edificio debe ser grandioso.

El cristianismo ha dado al pueblo libertad, independencia individual, conciencia pública; ha purificado las aguas impuras de la antigüedad; ha impreso á los sentimientos del hombre todo el sello de su grandeza.

Nada, pues, falta á la obra: se necesitan pueblos que la sostengan en sus hombros robustos, y pueblos no faltan; se piden genios que levanten al cielo su magnífica cúpula, y hay genios que escalan el firmamento.

Pero ¡ay! que un torrente desbordado arrastró la escala en sus aguas cenagosas, socavó los cimientos del edificio, sobrecogió á los pueblos, que sorprendidos no supieron acudir al peligro: la religion tocó á rebato, dió la voz de la alarma; pero su voz y tristes campanadas se perdieron en los aires.

Peor para sus hijos: ya la libertad será licencia, la monarquía despotismo; los hombres, sin creencias ya, vagarán al acaso, luchando como fieras en las sombras de la noche.

Bayle abre en Europa una cátedra de incredulidad, Voltaire adorna la portada con las flores de su ingenio: el teatro es el pasatiempo de una corte frívola, el poeta un cortesano mas....

La sociedad, agitándose en el vacío, se esfuerza, grita, amenaza lo existente.... ¡Ay de la sociedad!

II.

No tuvo tiempo el teatro para vivir toda su vida.

Vivió un momento fugaz en Bretaña, rica de tradiciones; en España, rica de creencias: allí pereció en las luchas de religion, aquí en manos de extranjeros. En Francia vivió con el genio de sus poetas de un día que, no encontrando nada en su sociedad sino brillantes girones, forjaron un traje extraño tegiéndolos con los harapos brillantes del teatro antiguo. Su riqueza, dice Victor Hugo, fué la *pompa*, su grandeza la *magestad*: murió Luis XIV y esto desapareció.—Era una ceremonia reglada por la etiqueta; suprimida esta, no quedó mas que una baraunda.

Entre Luis XIV y Luis XV no hay mas que una diferencia: el aparato.

Entre Luis XV y nuestro siglo hay un abismo: la revolucion.

III.

—La revolucion!

En medio de los grandes trastornos el teatro se asfixia, muere; acuden las turbas un momento á sus puertas, pero no piden ya las obras del genio, piden sus propias obras con todos sus estravíos y horrores.

Así el teatro se estravía con el pueblo: en vez de ángeles ó gigantes vemos allí hombres degradados; en vez de poesía encontramos allí un realismo grosero y repugnante.

Algunas veces nace un genio, algunas aparece la aurora engañosa de una época, como la que arriba dijimos,—como la del año 34 en España, sino

igual semejante á aquella;—pero la gloria y el genio pasan sin dejar huella.

Las mas veces el pueblo descansa de sus faenas, y mientras que con una mano lleva á su boca un negro pedazo de pan, *canta* para distraer sus desgracias: pide *cantares* que entretienen sus sentidos sin llegar á su alma; toma los pequeños sucesos por grandes sucesos, los sentimientos pequeños por sentimientos grandes; cree asistir á un *gran cuadro de la vida humana* y no asiste mas que á la representacion de una *mala zarzuela*.

Vivimos en un siglo grandemente ridículo cuando no vergonzoso; siglo que, lleno de orgullo por su pequeñez, se sonroja de verse cara á cara con la grandeza y calla, quizá se encoje de hombros con desprecio.

¡Qué!... ¿Nada nos dice esa voz que sale del seno oscuro de los tiempos? ¿Nada nos habla la terrible *Medea*?...

Cuando vamos á admirar, unos por moda ó por el *qué dirán*, otros por hábito, ciertos y ciertos por afición, á una notabilidad europea, á una gran trágica, á una Ristori, ¿qué pasa en nosotros?

IV.

Nosotros...

Somos políticos ó traficantes en política, que armados de todas armas luchamos en un palenque cerrado, unos por la licencia, otros por un despotismo glorioso; que escribimos, que hablamos, que nos ahogamos en una atmósfera de humo; que nos levantamos un día para caer al siguiente, buscando en la caída una posición académica para que el mundo nos aplauda...

Somos comerciantes, asentistas, logreros, que acudimos á una gran lonja, ya para ganar un pedazo de pan y un vaso de agua que llevar á nuestros hijos; ya para cambiar este santo pedazo por la pasa de Corinto y el agua clara por los vinos del Rhin; ya para fabricar con los retazos de millares de pequeñas fortunas un gran pedazo de púrpura para nuestros cuerpos miserables...

Somos hombres, que morimos en el vacío, faltos de verdad, de creencias, de fé; que tomamos los fuegos fátuos de la vanidad por torrentes de luz; que nos alzamos sobre un monton de ruinas hasta el cielo para desafiar la cólera de Dios...

Somos sabios, ó lo parecemos, que caminamos perdidos en un inmenso laberinto de hechos y de ideas; que queremos regenerar la naturaleza degenerándola; infundir al hombre un soplo de nueva vida hiriéndole de muerte.

Nuestra sociedad semeja un gran circo romano: su anfiteatro está lleno de ociosos que aplauden porque se emborrachan; su arena es campo donde gladiadores pagados, vestidos como grandes señores, luchan á muerte. El horizonte que cubre este vasto recinto está sombrío y amenazador, ruge á lo lejos la tempestad; creemos ver una luz donde no hay mas que la opaca claridad de un relámpago ó los vivac de dos ejércitos poderosos en vísperas de una batalla.

Pero hay un momento en que los gladiadores no luchan, los ociosos no aplauden, la tempestad no ruge, las tinieblas huyen.

Una voz lejana se oye en las esferas, un rayo de luz descende de arriba, una *hermosa estatua* se divisa en el horizonte.

Políticos, comerciantes, literatos, sabios ó necios, todos corremos allá atraídos por el espectáculo.

¿Nada nos dice aquella voz que recuerda,—si no á los hombres, á los hechos mismos, á las palabras del trágico de Atenas, porque esto es punto menos que imposible,—recuerda, sí, su alma, su inspiración? ¿Nada las hermosas formas de esa estatua, su mirada de fuego, que enciende la venganza, que languidece el amor, que entorna el miedo? ¿Nada esa luz desconocida, que alumbró á otro mundo?

¡Oh! sí: esa voz de un pueblo nos recuerda que nosotros somos un cuerpo sin alma; esa estatua hermosa, que debemos ser hombres, dignos de Dios; esa luz, que caminamos á oscuras sin rumbo cierto. Todo nos recuerda á un pueblo que, grande por sus virtudes, grande por sus glorias, grande por su espíritu nacional, era también grande por sus fiestas líricas, encantadas por una poesía hija de la religion.

¡La tragedia!... ¡*Medea*!... Al verla todo un mundo de recuerdos nos ha asaltado, y nos hemos sonrojado de vergüenza:—porque nosotros podemos encender una luz mas brillante, podemos alzar la voz mas alta, podemos levantar una estatua, no á una mujer, no á un vil mortal, sino á un Dios.

Tenemos una religion de verdad: podemos descansar tranquilos.

La grandeza misma de aquel pueblo, que nos recuerda *Medea*, le llevó hácia un abismo: nuestra grandeza, que pende de una cadena colgada del cielo, nos llevará hasta un Dios.

¿Por qué no ser grandes?...

Un eslabon de la cadena se perdió hace mas de dos siglos: busquémosle.

V.

La Ristori, *ella* y nadie mas es capaz de hacernos sentir, pensar, querer así; de llevarnos fuera de estos horizontes á otros horizontes.

Transportar nuestra alma toda á otras esferas solo lo alcanza aquella voz eléctrica que, como por un golpe violento, repentino é irresistible, sorprende y se apodera de nuestro ser; aquella presencia, inundada de grandor, cubierta con una túnica roja, que se pliega á los contornos de un cuerpo deseo del arte, sombría é imponente, estatua como la Palas de Fidiás; aquella mirada soberana, llena de odio ó de amor, espejo de un alma grande y pequeña, que ya se pierde en el azul de los cielos, ya se arrastra como una víbora en el fango; aquella sonrisa que seduce con su deseo y hiela con su desden; aquella romántica idealidad de facciones y aquel clasicismo; aquella mano, que se levanta irresistiblemente imperiosa; que cae desfallecida, suplicante, pidiendo un beso de amor filial; aquel paso de diosa, aquella prodigiosa flexi-

bilidad, aquellas perfecciones magníficas, aquella inspiración....

La Ristori, solamente la Ristori puede levantar hasta el olimpo á *Medea*, monstruo parricida de sus hijos: es una creación gigante, que demanda un esfuerzo gigantesco.

Solamente un genio, casi fabuloso, levanta una obra sin acción dramática, con un héroe que tras de sí arrastra el interés, todo el interés.

Id, id al teatro y no perdais un solo detalle de cuadro tan magnífico: id, mujeres, jóvenes, hombres, id todos y aplaudid.

Mas vale hoy que mañana: hoy es *Medea*, *Mirra*, *Giudita* por la Ristori; mañana será *D. Crispin* y su comadre ó cualquier otro disparate teatral.

Elegid.

ZACARIAS CASAVAL.

EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

IMPRESIONES

POR

Pedro de Prado y Torres.

—¡Dominado de religioso fervor mi corazón, al penetrar en tu recinto sagrado! te saluda, ¡oh gótica Catedral!.....

¡Si; no me habian engañado; eres en efecto ese templo rico, suntuoso, cuya elegante masa magüer enorme no fatiga la vista, trepando por el firmamento esbelta, atrevida, fantástica, con finas torres caladas, y dos poliedros de encaje; conjunto que, para los ojos de un sabio anticuario es una completa historia escrita en páginas de piedra del arte oriental desde su cuna, hasta su tumba!...

Há unos cinco meses que llegué á esta antigua metrópoli de Castilla, y nunca transito sus calles sin detener mi vista en la magestuosa Catedral con el mismo interés y admiración: cada día me complazco asimismo en visitar su interior que nunca se inspecciona demasiado.

Considerada esteriormente á cierta distancia, es un monumento que como muy pocos encanta la mirada con sus inhiestas torres, elevándose á 300 piés sobre el piso del átrio, ostentando su cimbório lleno de ornatos, y sus agujas caladas á guisa de cristalizaciones filigranadas.

Siempre tendré presente la frase de un viajero comerciante extranjero, á quien acompañé en cierta ocasión á visitar la Catedral: al salir, se volvió á mí y me dijo: "Si fuese realizable que yo me llevase esta joya dentro de una funda ó estuche, con sus ruedas y fuese por el mundo con privilegio por solo dos años, de iría enseñando á real la entrada, al cabo de tan corto tiempo calculo que tendría mi fortuna hecha."—Creo también, añadió, que en mi país hubieran procurado aislar la Catedral en medio de una plaza circular ó cuadrada desembarazándola de las ruinosas casas que como feos pegotes la rodean, y poniendo de relieve su mages-

tuosa belleza. Su forma es la de una cruz latina constituida por dos naves de 300 piés de longitud, sobre 212 de latitud: su bóveda presenta doradas molduras cruzadas que forman una estrella, en cuya clave hay un colgante feston, y en el platillo la siguiente inscripción: *acabóse en 1567*. Su altura es de 180 piés desde el pavimento hasta el cerramiento de la cúpula, de modo que la *opera fabricæ* se concluyó unos 292 años há.

Entre muchos primores artísticos que encierra dicha Catedral, llama la atención del viajero el altar mayor, por sus grandiosas pero bien armonizadas proporciones, y lo incrustado que se halla de elegantes relieves; esculturas de mérito y estatuas de tamaño natural representando asuntos bíblicos; los misterios de la Virgen por un lado; por otro, los apóstoles, sin contar otros santos. Esta arquitectura es la que conocemos por del Renacimiento, constando de tres cuerpos; dórico, jónico, y corintio. El bello sagrario se ostenta debajo de un pabellon adornado por ángeles en ademan de levantarlo.

En este corto artículo no pretendo dar una descripción cronológico-científico-artística, y solo sí, una breve reseña fotográfico-descriptiva de la Catedral, haciendo partícipe á mis lectores de la grata impresión que su vista me ocasionó; remitiéndoles para mas detalladas y minuciosas noticias del género que llevo indicado, á Moreri, Bosarte, Pons, Flores, Cantero etc., autores que los dejarán completamente satisfechos, en aquel sentido. Diré someramente algo de lo que me pareció el coro: es muy suntuoso por cierto, y cuenta nada menos que 103 asientos de nogal, divididos en dos órdenes, uno alto y otro mas bajo; el primero de 59 sillas; y de 44 el segundo, cuyos brazos; respaldo interior y asientos están adornados de mil labores al cincel y buenos embutidos de boj.—Interminable fuera citar los pasajes del antiguo testamento cincelados en los 103 medallones de los asientos, como sus muchas capillas con sus curiosidades.

Otra de las cosas que me impresionó por curiosa fué el reló, que se halla en alto junto á la bóveda; tiene dos esferas, una que da á la calle, y la otra al interior de la iglesia, con máquina, no de las mas complicadas, con figuras. Son dos autómatas, el uno pequeño, que llaman *Martinillo*, el cual abre una portezuela, se asoma, da los cuartos con unos martillitos y se vuelve á encerrar ocultándose. El otro, es de natural tamaño, y no existe en España quien no haya oído hablar del *Papa-moscas* de Burgos; este visible siempre, en el interior de la iglesia, tiene una cara bufonesca, viste ropilla de paño de grana, sostiene en la mano un papel de música, y abre y cierra la boca al compás de la campana que da las horas. Difícilmente habrá una ciudad á todas horas frecuentada por mayor número de diligencias que transiten en todos sentidos que Burgos; y así, es muy frecuente ver transeúntes robando un momento de la comida atraídos por la fama de ese reló, detenidos en grupos, con sus sombreros mosqueteros ellas y sus escarcelas ellos, fi-

jas la vista en el horario y la boca abierta atisvando el momento en que dé la hora para ver como el Papa-moscas abre su boca como burlándose de ellos con su graciosa mueca; razon por la cual encuentran algunos impropia su colocacion dentro del santuario donde nada debe distraer del recogimiento y religiosa compostura que inspiran allí todos los demás objetos.

El claustro me pareció como del siglo XIV puro gótico, espacioso; y en particular su entrada principal, es obra de mérito antiguo por la profusion de esculturas, labores variadas, cinceladuras primorosas y ornamentaciones en que abunda. Hay en el arco tercero una capilla que se llamó del Corpus-Christi, conocida por la de Juan Cuchiller, donde ví un cofre que suponen haber pertenecido á Rodrigo de Vivar, el Cid Campeador. No se debe dejar de visitar la sala capitular, estancia en donde tienen los prebendados sus cabildos; está adornada de cornucopias antiguas y magníficas pinturas, nada menos que de Murillo, Jordan, etc. Finalmente, tanto interior como esteriormente se halla el magestuoso templo adornado de infinidad de preciosas labores, figuras caprichosas, quimeras, cabezas, cariátides, calados, follajes y festones. Ya llevamos dicho que tiene dos torres grandes; cuenta además en el *crucero* notabilísimo, veinte y seis mas pequeñas; y en la capilla llamada del Condestable, el claustro y sacristía antigua, he contado catorce corredores cuajados de adornos y agujitas; siete escaleras de caracol; nueve óvalos; cuatro linternas sobre las cuatro cúpulas; ciento doce ventanas; treinta y nueve arcos en el corredor interior; sesenta pilares sobre los cuales estriban las dos naves mayor y menor, y veinte capillas: ciento cuarenta y cuatro cuadros y sesenta sepulcros; nueve pilas de agua bendita; una pila bautismal en Santa Tecla y una piscina; ocho grandes armarios; infinito número de hacheros y blandones; cuatro arañas de cristal; diez mecheros además; dos atriles, doce campanillas, nueve facistolos; cuarenta santorales; diez confesonarios; ochenta cajones donde los señores prebendados tienen las ropas de coro. Hay asimismo cuarenta y cuatro altares con noventa estatuas de tamaño natural, muchas embutidas en la pared y que forman la ilusion de un pueblo extasiado en religiosa meditacion, cuyo ejemplo induce á que el espectador absorto se identifique con él!

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

UN PASEO A LA MONTAÑA DEL PRINCIPE PIO.

CUENTO FANTÁSTICO ORIGINAL

DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO.

CAPITULO I.

Llámanse así en Madrid, una posesion cercada y situada una de sus cuatro puertas, la principal, en la cuesta de San Vicente, frente á las Reales Caba-

llerizas, sobresaliendo en la cúspide de la montaña un palomar, que figura tres cuerpos y que cual atalaya domina el camino de Castilla, el modesto rio Manzanares, y aun pudiera considerarse propósito aquella especie de plataforma donde está asentado para ciudadela de la coronada Villa. A la sazón se proyecta allí un cuartel para un regimiento de infantería.

Hay en dicha montaña varios caminos; pero uno en particular que formando eses, vá ascendiendo hasta la citada plataforma, por el que pueden subir carruages; y á poco del arranque de dicho camino, á la entrada de la posesion, se separa otro á la izquierda que vá á parar á la parte baja hácia el rio á una fuente que llaman del Almendro, cuyas aguas se tienen por medicinales, la cual vá á desaparecer de aquel sitio, por construirse en él la estacion del ferro-carril del Norte.

Todos los caminos y veredas de esta montaña, que vistos desde el puente de Segovia parecen escalones para ascender á la cima, están adornados con profusion de frondosas arboledas, que hacen aquel parage el mas ameno y pintoresco que darse puede, por el lindo panorama que desde allí presenta el enunciado rio, que viene serpenteando por todo lo que alcanza la vista, con sus accesorios de lavaderos y ropas tendidas, la perspectiva de las demás posesiones de la Florida, la Casa de Campo é infinidad de pueblecitos que aquí y acullá se descubren.

Era el mes de noviembre; concluian las plácidas tardes del otoño, tan gratas en Madrid, y se buscaba ya en la mitad del dia los consoladores rayos del sol, porque las heladas brisas que descendian del Guadarrama, mensageras del rigoroso invierno, empezaban á amortiguar la vida de aquella rica vegetacion, yéndose desprendiendo paulatina y casi insensiblemente las galas, aquel inmenso manto verde con que se adorna la montaña, para quedar despues en esqueleto aquellas alamedas, formando un conjunto parecido á la multitud de mástiles que con sus jarcias, se mecen en la infinidad de buques anclados en un puerto de mar.

Nos dirigiamos paseando por el camino que vá á la fuente, y antes de llegar á ella, se nos ocurrió separarnos un poco de aquel, para sentarnos en uno de los ribazos que forma la pendiente del terreno, donde fumar un cigarro al dulce temple que proporcionaba el sol en aquel hermoso dia, de los que se suelen ver en la corte, por lo despejado de la atmósfera. Desde allí contemplábamnos á todo placer aquel lindo paisaje que descubria nuestra vista, ayudada por el lente, cuando oimos ciertas exclamaciones á nuestra espalda, de las que solo pudimos percibir lo siguiente:

—¡Aquí, aquí fué, no me queda la menor duda! pero....

Volvimos la cabeza y observamos, sentado en otro ribazo algo mas arriba, un sugeto que representaba como unos cincuenta años de edad, envuelto en un albornoz bastante usado, sosteniendo su cabeza con ambas manos y con la vista fija en el suelo.

—No hay duda:—repetía—¡esto parece cosa de brujería!

Le llamamos la atención, preguntándole si tendría un fósforo para encender el cigarro, pues se nos había olvidado la cagita en que acostumbramos llevarlos.

—Si señor,—nos contestó secamente.

Entonces nos levantamos, subimos y le saludamos cortesmente. Pero él, sin alzar la cabeza, ni menos contestar á nuestro saludo, encendió el fósforo y nos lo presentó, y mientras encendíamos el cigarro, continuó sin levantar la vista del suelo:

—Nada; por mas que como V. vé, he revuelto la tierra por aquel lado y por este, no he podido volver á dar con ella.

—¿Se le ha perdido á V. algo?—le preguntamos.

—Y tanto!; sin quedarme duda de que fué aquí, aquí delante de mí, y por mas que golpeo.....

—Pero se puede saber.....

—Ah.... es muy largo de contar. Se quedaría V. admirado de lo que de ayer acá me ha pasado: es cosa que me tiene trastornado el juicio.

Entramos en curiosidad, como era natural, nos sentamos á corta distancia y le rogamos que se explicara, por si en algo podíamos servirle.

—Voy á hacerlo,—contestó—y vá V. á quedar sorprendido, admirado al considerar lo que he visto en el corazon de esta montaña.

Le alargamos un cigarro, y despues que lo hubo encendido, empezó su narracion en los términos que indicaremos en el siguiente capítulo.

II.

Vine anteayer—continuó—como acostumbro los días buenos, á tomar el sol, y andaba por aquí cabizbajo y ensimismado en profundas cavilaciones; que no faltan por cierto, desgraciadamente, causas para que el hombre reflexivo, de alguna experiencia, las tenga á cada hora del día y de la noche, siempre que se fige su imaginacion en eso que llaman político-manía, que tanta influencia ejerce en la suerte de los que tenemos la desgracia de pertenecer activa ó pasivamente al mundo oficial; y contemplaba las distintas fases porque vamos atravesando, á la manera cada una, que cuando se tira una piedra al estanque y produce en el líquido que lo ocupa los inmensos círculos, unos en pos de otros, que se van agrandando sucesivamente hasta llegar á los bordes, disminuyendo gradualmente al ir desapareciendo la impresion que produjo la rotura de aquella límpida superficie, que vuelve á quedar en su natural tersura; pero con la única diferencia de que, el estanque social donde bullen las pasiones, cada vez que en él se arroja la piedra, que es á menudo, y que produce los círculos ó impresiones que van sucediéndose del centro donde cae, á la circunferencia, al irse estinguiendo, no queda su fondo con la limpiez y tersura que en aquel, si no que removiéndose el fango, se alborotan las partículas fétidas

que contiene, é infestan cada vez mas la atmósfera que nos cobija.

Iba apoyándome en mi baston, y sentí al tocar con él en el suelo, que sonaba hueco: aquí, aquí sin duda fué,—y señalaba la tierra removida que tenía delante.—Aparté la tierra y hallé una lápida, de unas dos varas de largo y como una y media de ancho, y en ella estas inscripciones.—Y sacando un papel del bolsillo, nos lo mostró y hallamos en él lo siguiente; primero, una porcion de letras, á manera de epitafio, en esta forma:

E.
S. T.
O. N. O.
T. Y. E. N.
E. Y. A. R.
E. M. E.
D' Y.
O.

Debajo se veia mal pintado con pluma, un leon en actitud de dormir, y cerniéndose sobre él, una hada que aparecía descender en medio de una nube, con una varita en la mano en disposicion de amenazar despertar al leon; y por último, esta otra inscripcion:

H.
A. S. T.
A. Q. U.
E.
A. S.
U. T. Y.
E. M.
P. O. D. E.
S. P. Y.
E. R. T. E.

Fué grande—prosigió—la impresion que me causó la alegoría que parecia desprenderse de la actitud del leon y de la hada que amenazaba despertarle, y no pudo menos de venir á mi imaginacion otra igual que, segun he leído no sé donde, apareció el año de 1808; y por esta razon pretendí descifrar, cada vez con mas ahinco, la descripcion que tenía delante. Mas como no poseo conocimientos arqueológicos, tuve que contentarme con deducciones, que de nada me sirvieron mas, que de hacer mayor mi curiosidad.

Porque, decia para mi capote, ó mas propiamente hablando, para mi albornoz, que es como se llama en el día esta prenda de abrigo que ha sustituido á aquel; en dicho año se comprendia bien la alegoría, cuando iba siendo invadida nuestra nacion por enemigos exteriores, que pretendian robarle su independencia, hallándose dormida y muy dormida entonces, sin comprender el derecho que tenía á exigir ser bien gobernada, y no patrimonio de favoritos que abusasen de su poder. Pero en el día que estamos en paz con todo el mundo, y muy especialmente con toda la parte ilustrada de la Europa; que tenemos gobierno constitucional, caminos de hierro, comunicaciones telegráficas eléctricas que vuelan casi como el pensamiento,

con un lujo de personal tan flamante en los distintos centros gubernamentales y sus dependencias, que indica, piadosamente pensando, el gran movimiento que se desarrolla en todos los ramos del estado, con su presupuesto de cerca de dos mil millones que deja inferir el pingüe acrecimiento de la riqueza del país, ese lujo oriental que se enseñoorea en nuestro pueblo, ¿como es posible?...

Aquí iba en mis reflexiones, cuando cruzaba por esa veredita que se ve mas arriba, á carrera tendida, un moceton como de unos diez y ocho á veinte años de edad, moreno, mal perjeñado, casi en mangas de camisa, quien haciéndome al pasar una horrenda mueca, exclamó:

—Pues ahí verá Vd.!

Y desapareció como una exhalacion.

Ya no podia con tantas impresiones como en tan poco tiempo habia recibido: empezaba á oscurecer y resolví retirarme, moviendo antes la tierra para tapar mi hallazgo, con ánimo decidido de volver cuanto amaneciera, á procurar descubrir aquel arcano que tanto me habia preocupado.

III.

Apenas se enseñoreó el sol por las torres y tejados de la coronada villa, ya venia caminando hacia este sitio, provisto de un muy grueso y nudoso baston que me pudiera servir de palanca si necesario fuese; y llegado que hube, prévia la competente requisa por ver si alguien me observaba, aun cuando á aquella hora y en este mes no era fácil que hubiese muchos aficionados á solazarse con el aire sutil que ya viene de Guadarrama, aparté la tierra, y descubierta la misteriosa losa, empecé á procurar removerla, lo que logré con algun trabajo y á beneficio de mi oportuna palanca; la levanté, descubriendo una estrecha escalera por la que principié á descender; y si bien bajaba lleno del ánimo que me infundia la curiosidad, aquel se iba resfriando en proporcion que el descenso se hacia demasiado prolongado.

Concluida la escalera, seguia una estrecha galería, como de una vara de ancho, y era tal la oscuridad que ya reinaba, que mis pasos empezaron á ser algo vacilantes, hasta que ya no me atreví á pasar adelante, temiendo caer en alguna profundidad donde no pudiera volver á ver la luz del día.

Ya estaba casi resuelto á desandar lo andado, cuando oí una voz hueca, profunda, que gritó: "Ya no se retrocede; adelante!..." Y como cada uno cuenta en su imaginacion la cantidad de miedo con que plugo dotarle naturaleza, y para mí fué esta señora tan pródiga que me lo legó en gran cantidad, al menos para habérmelas con seres invisibles; al oír aquella voz estentórea, que retumbó á lo largo de la galería, lejos de obedecerla, se me aflojaron las piernas y caí al suelo mas muerto que vivo.

Mas como por una analogía con aquello de que *dos negativas afirman*, la doble repetición de semejante voz de trueno que volvió á retumbar en mis oídos exclamando: "Adelante! adelante!" pro-

dujo en mí un efecto contrario al de la primera, y electrizándose mi musculatura, me levanté con igual prontitud que si me hubiera picado una víbora.

Procuré romper á andar: pero ó los piés movidos únicamente por el miedo hacian paso atrás en lugar de hacerlo adelante, ó el pavimento de la galería subterránea se iba levantando, y me escurria por el engarrotamiento en que estaban mis piernas, sin poder absolutamente adelantar terreno alguno.

Otra invitacion por el estilo de la última; pero no ya doble sino triple, aflojó mis coyunturas, y cual si fuese impulsado por una máquina de vapor, empezaron á trabajar mis piernas, dando unas zancadas, ayudadas tambien de la dulce pendiente en que iba sintiendo el terreno por donde caminaba, que creo anduve en diez minutos cerca de media legua.

Al fin ya empecé á divisar, allá á lo largo de la galería, cierta claridad que vino á darme algun consuelo; y mientras mas andaba mas fuerte iba siendo aquel resplandor, que no parecia sino que lo producía un gran mechero de gas, de mas doble efecto que los que alumbran las calles.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

Cria cuervos y te sacarán los ojos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

